

R B A

# SERGIO BUFANO

**Una bala para  
el comisario Valtierra**



R B A

# SERGIO BUFANO

## Una bala para el comisario Valtierra





© Sergio Bufano, 2012.

© de esta edición digital: RBA Libros, S.A., 2014.  
Avda. Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.  
[www.rbalibros.com](http://www.rbalibros.com)

REF.: OEBO649  
ISBN: 9788490562048

Composición digital: Víctor Igual, S. L.

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Todos los derechos reservados.

## Índice

[En mataderos](#)

[La lluvia nos ayuda](#)

[Desiree](#)

[Barracas](#)

[En penitencia](#)

[Un personaje nefasto](#)

[El as de la generala](#)

[Matar al espejo](#)

[Arolas](#)

[Clausewitz](#)

[El viaje](#)

[Malos pensamientos](#)

[Despiertos en buenos aires](#)

[Yo no me retiro](#)

[Partisano](#)

[Ciudad inerme](#)

[Ahí está](#)

## EN MATADEROS

El ruido de los dados agitados dentro del cubilete y el sonido seco cuando golpeaban y rodaban sobre la mesa de madera se repetía entre sorbos de whisky. Valtierra miró el resultado y sonrió ante los tres ases y el par de cincos.

—Hoy anda con mucha suerte.

—Es por el frío —contestó mientras le pasaba los dados a su compañero de juego—. Cuando hace frío todo me sale bien.

Llevaban una hora jugando a la generala y de tanto en tanto se estremecían por el frío que se colaba cada vez que un cliente abría la puerta para entrar o salir del bar. Si el viento cambiaba de rumbo y soplaba hacia el norte, unas pocas gotas, casi rocío, alcanzaban a colarse en ese breve instante del vaivén.

Bebió otro trago y levantó la mirada hacia la ventana; los vidrios empañados apenas dejaban adivinar las siluetas de la gente que se apresuraba, envuelta en bufandas y sobretodos, para buscar un refugio. La llovizna congelada caía despacio, suspendida casi en el aire, descubriendo la cara helada y húmeda de un invierno que ese año se había presentado excesivamente riguroso en Buenos Aires. Eran las doce del mediodía y el bar Mickey de la calle Sarmiento, a pocos metros de Callao, se enturbiaba con el humo de los cigarrillos y las frituras de la cocina. En el sitio no cabía

más que un estaño y una docena de mesas, ocupadas por hombres que se refugiaban, sin emoción alguna, de un clima que había decidido castigar al mundo. Algunos comían milanesas que desbordaban el plato, cubiertas por huevos fritos en un aceite de tan dudosa vigencia que ya ni fuerzas tenía para repartir su aroma. El lugar reproducía los mismos sonidos y los mismos gestos de todos los días; voces altas, risas, y un mozo que ordenaba nuevas milanesas mientras el lavaplatos, detrás del mostrador, se esforzaba con el agua y el jabón y lanzaba la loza a una pila que amenazaba con caerse.

—¿Jugamos otro? —inquirió el perdedor.

—No, prefiero comer algo. Tengo que ir a la oficina y seguramente no saldré hasta la noche.

Valtierra se levantó y fue hasta el mostrador.

—Un especial de lomito y otro whisky sin hielo.

Miró a la mujer que estaba a su lado y bajó la vista hasta las piernas cruzadas; la falda se abría más arriba de las rodillas y supuso que esos muslos que mostraba generosamente debían de tener frío. Vestía un saco negro que cubría un suéter también negro; una pollera corta y botas hasta la rodilla completaban un vestuario quizá demasiado elegante para un sitio como el Mickey. Pero a los comensales no les importaba, ya la habían mirado al entrar y ahora se dedicaban, indiferentes a su presencia, a satisfacer su estómago hambriento.

Comió despacio, masticando lentamente y jugando con las miguitas que se desprendían del pan y caían sobre el mostrador. Alto, corpulento, pelo negro y abundante, vestía siempre el mismo traje de color indefinido; saco ancho y gastado, pantalones demasiado largos que se arrugaban al chocar con sus zapatos negros comprados en la mutual policial. La corbata siempre anudada deprisa colgaba por

encima de una camisa de cuello antiguo, también de la mutual.

Echó una nueva mirada a las piernas y observó el libro depositado en su falda: parecía un texto de psicología. Subió la mirada hasta su rostro y trató de adivinar si debajo de esos ojos negros y de esas ropas caras se escondía una bolchevique. Y descartó rápidamente la sospecha. Demasiado elegante y bien pintada para ser comunista. Entonces cerró los párpados, la desnudó, la puso boca abajo y se entretuvo mientras terminaba su lomito y el último whisky.

Miró el reloj y las agujas le recordaron que tenía que ir al Departamento. El programa de esa tarde consistiría en revisar archivos, detenerse una y otra vez sobre un par de fotos, y acabar con los pies congelados mientras tomaba el café aguado de la oficina en vasos de plástico. Iba a ser una tarde tediosa dedicada a revisar prontuarios y rostros de frente y de perfil con fondo blanco. No eran esos los días predilectos de Valtierra. Cuando se enterraba en el trabajo de escriba un malhumor comenzaba a descender desde la cabeza hasta sus zapatos y todo el cuerpo hormigueaba presuroso por salir a la calle. Hoy hubiera preferido ir a su casa a ver una serie en la televisión y comer una pizza acostado en el sofá; o meterse en un cine donde una película de acción le garantizara un par de horas de placer. Cualquier programa era mejor que ensuciarse los dedos manoseando archivos polvorientos y memorizando nombres de judíos salvadores de la patria.

Mejor la calle que esa oficina gris. No importaba el frío o la lluvia, prefería el aire libre, siempre la calle, un vicio adquirido desde joven. En el Departamento observaba a sus colegas burocratizados, sentados en sillas metálicas que se mimetizaban con sus cuerpos y los modelaban como

prótesis de acero. Su labor consistía en poner sellos en papeles amarillentos y hurgar en carpetas todavía más gastadas que guardaban toda la memoria y el polvo del país; allí se conservaba la historia de todos los vivos. Y también de los muertos. Cuando los miraba ensimismados en ese trabajo miserable los despreciaba. Sabía que jamás podría tolerar esa rutina. Hoy, resignadamente y en silencio, lo haría. También mañana, pero luego volvería a la calle hasta que el cuerpo indicara que había llegado el momento, entonces se jubilaría. Pero en la calle y no en una mesa de oficinista, con los dedos sucios de tinta.

La mujer sentada en la barra llamó al encargado y preparó sus cosas para levantarse. Era un buen ejemplar y no llevaba corpiño. Creyó que lo miraba a través del espejo ubicado detrás del mostrador, pero al girar la cabeza ella contaba el dinero para pagar, indiferente a lo que ocurría a su alrededor. La vio caminar hacia la salida y la siguió con la mirada. Era alta, con buenas ancas, un poco despectiva, y con cierto parecido a Dorita. Desapareció detrás de la puerta y en la calle, mientras trataba de cubrirse bajo el paraguas recién abierto, casi choca con dos de sus muchachos. Venían mojados, apurados, y en sus caras se leían buenas noticias.

—La encontraron —dijeron casi al mismo tiempo.

Sabía a qué se referían. Permaneció unos segundos en silencio.

—¿Cuándo?

—Hace media hora. Avisaron por radio.

—¿En qué barrio?

—En Mataderos.

El comisario los miró y se sacó el palillo de los dientes. En Mataderos. Qué curioso, en Mataderos. Un minuto antes la tarde prometía una oficina aburrida, y ahora,

segundos después, iba a dirigirse a un barrio que conocía bien, un barrio querido y caminado desde siempre. Ni prontuarios, ni encierros. Los muchachos le traían de regalo un magnífico programa para el resto del día. Un trabajo que sacudiría la modorra de la siesta y el aburrimiento del día lluvioso.

No respondió inmediatamente. Durante un buen rato pensó en los detalles que iba a necesitar para lo que se avecinaba. Mientras lo hacía, su mirada quedó clavada en el techo y las manos buscaron en sus bolsillos, sin éxito, el paquete de cigarrillos. Los dos subordinados esperaron en silencio.

—Que sean veinte hombres. Los elegís vos —dijo señalando al más entusiasmado con un gesto que exigía responsabilidad—. Armamento adicional y no más de seis autos.

—Sí, señor.

—Tienen media hora para preparar todo, juntar a la gente y pasar a buscarme por aquí.

Los dos hombres giraron y casi corrieron hacia la puerta cuando Valtierra los detuvo y los obligó a regresar.

Bajó la voz y dijo casi en susurro:

—No quiero patrulleros ni personal uniformado.

Desde el mostrador vio a sus muchachos sumergiéndose en el frío y la lluvia. Son buenos tipos, pensó, jovencitos, a veces un poco atolondrados, pero buenos tipos. Ordenó otro trago y calculó si tenía la ropa adecuada. El de hoy sería un día largo y probablemente la noche se extendería hasta la madrugada. Si nos acompaña la suerte, pensó, podemos tener una buena cosecha. Pero nos vamos a empapar.

Se levantó y caminó con su vaso hasta la mesa donde estaba su amigo.

—Tengo media hora para jugar un dominó, ¿acepta?

—¡Por supuesto! ¿Qué le pasa, está contento?

—Sí, me parece que este va a ser un buen día. Pero no me distraiga porque quiero ganarle.

## **LA LLUVIA NOS AYUDA**

Mientras tomaba su café, el Inglesito trató de establecer la diferencia entre el frío y el miedo. Cada tanto le asaltaba un brusco temblor que disimulaba apretando los codos sobre la mesa o cruzando los brazos sobre el pecho. Lo presentía, lo veía avanzar desde el fondo de su cuerpo segundos antes de que el escalofrío estallara, probablemente nacido desde un estómago que se resistía a beber el café que esperaba dentro de un pocillo en la mesa de formica. Con una certeza implacable, sentía que se aproximaba la sacudida y se preparaba para recibirla tratando de evitar que la gente advirtiera el espasmo. Nacía en algún lugar desconocido y se extendía como la raíz de un árbol desbocado que busca afirmar su cuerpo en la tierra. El calambre subía hacia las piernas y los brazos sin endurecer los músculos ni producir dolor. Temblaba. El cuerpo se estremecía apenas un segundo y él procuraba dominarlo aspirando hondo, tan hondo que los pulmones parecían quejarse por el dilatado estiramiento de los tejidos. Luego dejaba escapar el aire lentamente con los ojos siempre atentos para controlar el entorno. Tomaba más café para que el calor le quitara el frío, porque tenía que ser el frío y no el miedo lo que castigaba su cuerpo. Pero solo conseguía aumentar la sensación de náusea que desde una semana atrás merodeaba su estómago,

inflamándole el pecho. Es miedo, pensó. Debo confesármelo porque esa será la única manera de dominar y controlar sus efectos. Hay que conocerse a uno mismo. Pero este clima no me ayuda y la ropa tampoco. Miró a través de la ventana y se convenció de que todo el mundo estaba tiritando de frío, y que era el frío lo que le obligaba a tiritar a él. Compartir con el mundo esa sensación le produjo unos minutos de alivio. Demasiado escasos para sus deseos. Si tuviera un sobretodo quizá no sufriría tanto el miedo. Afuera, la gente que esperaba el colectivo se refugiaba contra las paredes para evitar el viento y luchaba con los paraguas que, con un solo golpe de aire, invertían su figura de hongo para transformarse en recipientes que miraban al cielo. Si fuera verano no estaría tiritando como un infeliz. En verano todo es mejor porque el viento cálido y el sol hacen que sea más fácil dominar el cuerpo, se convenció en el preciso instante en que un nuevo calambre comenzó a gestarse allí abajo, en el estómago, o mejor dicho en el pecho, no estaba muy seguro, preludio de un escalofrío general. Se afirmó otra vez en la mesa con los codos, apretó una mano contra la otra, aspiró aire y esperó la sacudida. Estoy muerto de miedo.

—Estás pálido —dijo Berta cuando se sentó junto a él—. Te noto un poco pálido...

—Estoy muerto de frío.

—Sí, el tiempo está horrible. Pero a nosotros nos ayuda, hay poca gente en la calle. Espero que dure hasta mañana... cuanta más lluvia, mejor.

Pidió un café y miró a su alrededor, distraídamente. Luego dejó las llaves sobre la mesa y esperó a que el mozo se fuera.

—El coche está estacionado en Canning, a veinte metros. La chapa termina en 320 y es azul. ¿Querés creer